

Nota editorial

El extraño tiempo político que vivimos en España desde hace casi un año ha sido objeto de escándalo más que de análisis. Desde luego, no faltan los motivos para la perplejidad, pero no abundan las reflexiones de fondo sobre el camino que el país ha seguido hasta llegar al campo embarrado en que nos encontramos. Salir de él no solo exigirá que la fuerza motriz que debe ser el Gobierno se pueda poner de nuevo en marcha, algo muy deseable y urgente, sino, también, lograr que la sociedad se reenganche nuevamente a su Gobierno, que el conjunto del país, sus instituciones y su opinión pública traccionen en lo fundamental en la misma dirección que aquel. Por sí sola, una mayoría parlamentaria, en ausencia de un proyecto político ampliamente compartido por el conjunto de la sociedad española y en el conjunto del territorio, no podrá asegurar un cambio significativo en la situación de fondo. Un Gobierno por descarte no va a ser suficiente para abordar la agenda reformista que España tiene planteada.

Y en esa situación de fondo, contemplada con voluntad de análisis y no de escándalo, destaca la grave fractura del socialismo, cuyo clímax se alcanzó en una jornada ya sobradamente calificada del Comité Federal del PSOE, durante la cual su secretario general presentó la dimisión, una vez rechazada su propuesta de celebración de un congreso extraordinario. Un proceso confuso y jurídicamente inasible incluso hoy para la opinión pública.

En apariencia, esa crisis refleja una colisión insuperable entre dos formas distintas de entender el papel del socialismo dentro del sistema político español: una, muy minoritaria, dispuesta a explorar vías de entendimiento político activo con el populismo y con el nacionalismo; otra, muy mayoritaria, opuesta a hacerlo. Una, la primera, dispuesta (pese a ser muy minoritaria) a plebiscitar su plan ante las bases del partido y a formar Gobierno ya; la segunda, dispuesta (pese a ser muy mayoritaria) a evitarlo casi a toda costa. Una, en fin, dispuesta a rechazar en todo caso la investidura de un candidato del Partido Popular, y la otra convencida de que cualquier opción distinta causaría daños mayores que la mengua electoral sufrida el pasado mes de junio.

Sin embargo, antes de endosar pasivamente ese esquema de análisis es necesario reparar en algunos hechos importantes. Porque, vista con perspectiva histórica, parece claro que la deriva populista, radical, por momentos antisistema y plegada a la cosmovisión nacionalista y secesionista del socialismo español no tiene su raíz en el efímero mandato de Pedro Sánchez. Más bien parece que Sánchez se haya limitado a llevar hasta sus últimas consecuencias un modelo de partido, una doctrina, un comportamiento y un rendimiento electoral que comenzaron a fraguarse como mínimo una década antes de que él tuviera responsabilidades significativas. Sin esto, ni se entiende el colapso socialista ni se entienden los más de cinco millones de votos de Podemos.

No se puede dejar pasar sin más una interpretación simplona de la crisis socialista que presenta al conjunto del partido como rehén de una camarilla enfebrecida, sin respaldo real y decidida a volar por interés personal posiciones previas bien asentadas en la organización sobre el respeto a la institucionalidad, el compromiso con el sistema político de 1978, la defensa del pluralismo político, la vigencia del principio de legalidad, etc. Para aceptar eso hay que ignorar deliberadamente demasiadas evidencias y desconocer demasiadas biografías políticas. Y esa ignorancia deliberada, aun si pareciera resultar transitoriamente de utilidad pública por limitar el problema del socialismo a una especie de enajenación mental transitoria devenida en atrincheramiento y ya felizmente superada, en el fondo dejaría vivos los problemas reales que el socialismo, los socialistas, tienen y transmiten al conjunto del sistema político.

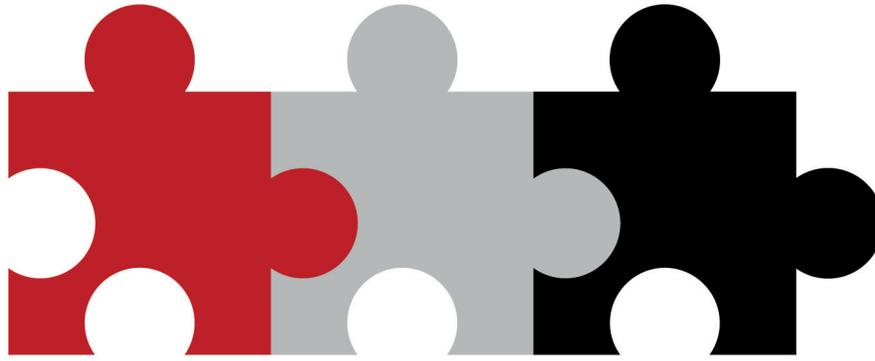
Ni el “dóberman”; ni la renuencia a condenar la violencia física ejercida contra candidatos del Partido Popular en Cataluña; ni el cordón sanitario; ni la sospecha sistemática sobre la Transición y sus normas; ni el acoso a las sedes del Partido Popular; ni la convalidación a priori del Estatut pretendiendo privar al Congreso de sus competencias; ni el artículo de González y Chacón definiendo a Cataluña como “una nación sin Estado” y acusando a varios magistrados del Tribunal Constitucional de actuar de modo “preconstitucional”; ni el Pacto del Tinell; ni el “discutido y discutible”; ni la paz de Otegi: etc., etc., etc., son productos que lleven la firma de Pedro Sánchez. Más bien todo eso y mucho más es el “verdadero PSOE” desde hace mucho tiempo, el que él ha heredado y, luego, liderado en los últimos años, en la misma dirección que sus mayores pero con más naturalidad y en un estadio más avanzado de degeneración orgánica, ni más ni menos. La pretensión

parlamentaria de Sánchez no difiere mucho de la pretensión electoral de Zapatero en 2008: postularse como candidato único de todo tipo de radicales de España.

Por esta razón, a la espera de ulteriores acontecimientos de los que aún no hay constancia alguna, la salida de Sánchez debe situarse en el hosco territorio de la escaramuza de partido y no en el del reconocible espíritu de la grandeza de un cambio de rumbo orientado por la comprensión del interés nacional y la consecuente disposición al sacrificio. Más aún, no es descartable que Pedro Sánchez haya logrado perfilarse como un aceptable intérprete del socialismo realmente existente en España y, por tanto, si el socialismo no cambia, como un candidato real a su liderazgo.

El resultado práctico del colapso del socialismo está pendiente de ser medido, pero lo cierto es que en los próximos meses concurrirán en España dos circunstancias poco tranquilizadoras. La primera, la práctica inevitabilidad de un ajuste presupuestario de magnitud. La segunda, un nuevo espacio político que comienza a parecerse demasiado al deseado por el populismo: por una parte, un Gobierno acometiendo ajustes y con un relato con el que explicarlos pendiente de construir; por otra, un movimiento populista. Y en medio de ellos prácticamente nada.

En este contexto, cualquier autocomplacencia está fuera de lugar. Sobran, pues, afectación y alboroto, y faltan quizás reflexión y juicio crítico sobre el conjunto de las crisis simultáneas que continúan desafiándonos. En este nuevo número, *Cuadernos de Pensamiento Político* aporta razones y datos para lo segundo y evita, como siempre, dar pábulo a lo primero. ■



ZONA **AMIGOS** DE



arce

ASOCIACIÓN
DE REVISTAS
CULTURALES
DE ESPAÑA

Los proyectos culturales que representan nuestras revistas necesitan de la conversación y complicidad directa con los lectores. La cultura precisa generar redes de simpatía y apoyo. Queremos involucrar a otros protagonistas del encuentro cultural que se sitúan al otro lado de la creación, a las personas y a los colectivos, para reactivar su papel, porque la cultura es también un proyecto de participación.

Hazte amigo de ARCE y comienza a compartir con nosotros el amplio territorio cultural que queremos construir. Te esperamos con un regalo de bienvenida.

Hazte amigo en:

www.revistasculturales.com/amigos-arce

